

Orejas Negras

PARA DESPERTAR A
OSCURAS

FRANK CARLOS

NÁJERA

PERSEVERANCIA

A Maydeliz, que le contaba la precuela a Bastien

Día y noche intentaba de nuevo, obsesionado, sin éxito. Sólo algunas madrugadas dormía, abatido por el cansancio del esfuerzo constante, y despertaba irritado por la tos al amanecer. Luego continuaba con su obstinada labor sin tiempo para otra cosa más que la promesa de un asado especial, bien merecido, ganado con verdadero sudor. Así pasaron años hasta que un día, tal vez por los cimientos rústicos o la ayuda de los vientos de otoño que parecían más fuertes que nunca, al fin uno de los ladrillos cedió. Dejó él entonces de soplar para ver cómo caía, vencido, descubriendo algo del interior de aquel refugio que protegía a esos tontos de su gigantesca ira.

Se asomó y los vio. Bailaban ridículamente con la ingenuidad de su naturaleza, enlazando sus brazos y dando vueltas al ritmo de una canción improvisada. Él sólo sonrió y se sentó junto a un árbol, triunfante y satisfecho.

El segundo ladrillo cayó sin hacer ruido apenas, acolchonado sobre un montón de hojas secas. Ni el baile ni la canción se detuvieron. El Lobo encendió un cigarro. ¿Ya qué más daba? Sus pulmones seguramente muy pronto dejarían de servir. Pero lo había logrado. Era el principio del fin, y sólo lamentó que fuera otoño y no pudiera tener a mano una manzana para acompañar la cena.

LABERINTOS

El Minotauro se cruzó con el Hombre, pero cada uno era invisible a los ojos del otro: ambos estaban en laberintos diferentes.

CON SUTILEZA

Se dedicaba a pintar bisontes del Nuevo Mundo, momentos después de haber recibido a su amigo Américo Vespucio, cuando ella entró. Habían acordado terminar un retrato que a él no le apetecía mucho hacer, pero un compromiso era un compromiso. Ella se acomodó. Sus senos eran grandes, nada sutiles. Su risa, exagerada y ruidosa. Sus labios, demasiado gruesos, como invitando a la lujuria. Para un artista como él tan poco interesado en las mujeres, aquella vista era bastante desagradable. Todo tenía que cambiar, pero nadie se iba a dar cuenta.

LA LENGUA DISTINTA

Había una vez una lengua que tenía hueso y pelos. Al principio sintió el peso despiadado del rechazo, pero cuando empezó a sacar callada pancartas para unirse a otras causas y luego les explicó a todos que igual era buena porque seguía siendo orgánica y libre de gluten, enseguida la aceptaron y adoraron y su primer libro de autoayuda, “Pelos en la lengua vertebrada”, fue un *best-seller*.

El mundo sigue cambiando.

DISFUNCIONALES

—Papá, mi amigo invisible me pegó —se quejó el niño.

—No molestes ahora. Déjame terminar de ver este programa
—le respondió el padre mirando detenidamente la pared.

ESTALLIDO

La primera cerveza bajó hecha escarcha por el estómago lleno.

Tenía delante al hombre que solía saludar todas las mañanas antes de que conspirara para quitarle su puesto, al mismo con el que tenía que lidiar en cada una de sus escenas, aquel que por pasatiempo tenía llamar incompetentes a los que hacían un trabajo que él no podía entender. Tenía delante al sujeto que hacía de cada uno de sus días miserables, que alimentó su fobia a los ordenadores y los teléfonos para defecarla en un terror total a los informes, siempre criticados, y encima en público.

Su mujer lo había dejado hacía meses por su aparente falta de carácter, y quería por fin desmentirla. Finalmente estaba a solas con su jefe. La reunión había terminado, y los demás volaron en cuanto cayó la tarde vulnerable a la gravedad.

El corazón se sintió más lento tras la segunda cerveza.

Su hermano sabía llevarse con la gente. Sus buenos contactos pudieron ayudarle fácilmente a conseguir aquel revólver barato, lo suficientemente pequeño como para hallar sitio en su saco acorazado con corbata negra, y lo suficientemente poderoso como para cumplir con el propósito de un hombre intimidante, al menos, por primera vez.

La tercera cerveza burbujeó por el esófago por instantes tibia, con frecuencia chispeante. La cuarta y la quinta iniciaron un incendio en el hígado. Esa tarde sabía que iba a explotar por completo de rabia. Pero el cantinero del bar de al frente, ajeno a todo, sólo seguía sirviendo, esperando su prometedor propina.

La reunión era a las dos. Ya nadie se quedaba después de los aburridos debates y las presentaciones de las nada creativas ideas de los demás. Dos veces al mes era lo mismo y no iba a cambiar aquella vez. La sexta cerveza, que sorprendió bastante a quien la sirviera, la empujó con cierta prisa antes de entrar.

Estaban solos, como había planeado. Sus manos no temblaban. Su sangre le pedía a gritos bajar la temperatura, como su propio jefe le pidiera a gritos en tantas ocasiones ajustar el termostato del aire acondicionado defectuoso. Pocas palabras antecedieron lo esperado. El cañón apuntó torpemente a la cabeza.

«Ahora soy yo quien te va a sacar esas ideas. A ver qué tienes dentro, hijo de puta.»

Sus pensamientos esa vez fueron expresados en voz alta.

Iba a explotar, ya lo sabía, pero no le importaba. Hacía mucho tiempo que estaba aguantando y había llegado el momento de hacer estallar aquel hervidero de fracasos y angustias. Pensó que valdría la pena.

Las dos miradas se encontraron por última vez antes del inminente estallido. La bala dejó una cicatriz profunda en la mampostería, volteando hacia un lado una fea réplica de “El Grito” que desapercibida colgaba en la pared agujereada.

La bomba había detonado lentamente fluyendo por debajo del pantalón, dejando libre un hedor a infelices residuos de la fermentada bebida que le había atravesado las venas y ablandado el desagradable contenido de sus intestinos, sin poder acudir a corrientes de aire que con las ventanas cerradas no pudieron disimularlo. Su anónima incontinencia había hallado en el miedo su nombre. La carcajada de su jefe se fue desvaneciendo en la distancia a medida que él se acercaba a la calle rodeado de policías.

SOBRE EL MAR

Era una línea vertical, y no era nada. Un día, cansada de ver hombres ciegos en la orilla, decidió acostarse a dormir para siempre sobre el mar. A partir de ese instante todos la admiraron, pero nadie pudo llegar a ella.

INSERVIBLES

Era una nube enorme con forma de tigre. Blanca con rayas blancas y dientes blancos, pero bien formada, admirada por todos. Un día, repleta de orgullo, amenazó a una gacela a bosque abierto, cerca de un río donde esta solía ir a beber agua. La gacela la miró y se burló en su cara. Era imposible que la atrapara. No era un tigre de verdad. Sólo una ilusión que tarde o temprano se esfumaría con la menor brisa. La nube se enojó tanto que se llenó de gravedad y cayó a toda velocidad sobre la gacela. Llovió por dos días y la gacela no tuvo dónde esconderse, por mucho que corrió. Desesperada, resbaló con la tierra mojada y cayó cerca de otro río que empezaba a desbordarse. Estaba herida. No podía levantarse y el río seguía creciendo. Gritaba y gritaba, pero todos estaban en sus refugios esperando que aquel diluvio terminara. Murió ahogada, atrapada por un depredador hecho de agua que también murió por su furia sin poder probar su carne.

EL TOQUE FINAL

A mi papá y su gusto por el Renacimiento

«Le falta algo», pensaba intranquilo mientras recorría la habitación de un lado a otro. Contemplaba su cuadro abstracto montado en el atril, relleno de materiales indescifrables mezclados con pintura acrílica. Buscaba hacer algo innovador, ser pionero en inspiración y técnica a la vez, pero ese cuadro no estaba a la altura de sus aspiraciones. Simplemente no estaba completo, a pesar de verse cargado de formas y colores de exagerada intensidad a lo largo y ancho, sin espacio apenas para nada más. Frustrado, se tiró en la silla junto al balcón a mirar las nubes, como si pidiera ayuda divina o sólo una figura nueva para agregar a su obra, entre aquellas gotas de agua condensadas en el cielo.

Un enorme leopardo blanco se asomaba entre sus igualmente níveos compañeros cuando alguien tocó a la puerta. El felino se desintegró al momento como si hubiera corrido a cazar una presa. Era un joven que había adoptado como discípulo hacía unos meses atrás, bastante bueno con los paisajes surrealistas. Venía a ver su nueva obra. Al detenerse enfrente del cuadro, sus ojos se ancharon y su rostro se tensó. Parecía muy interesado. Su cuello se arqueó ligeramente hacia adelante y en su sien una vena se dejaba ver más de lo normal. El pintor lo observó desde atrás, junto a la cocina. La cabeza de su alumno quedaba justo en el centro del cuadro. Era justo lo que le faltaba. Sería algo majestuoso. Una obra de arte ardiente y visceral, intensa por todos los costados. Algo verdaderamente para admirar.

Le pidió que se quedara quieto, que necesitaba ‘pintarlo’ en esa misma posición, con la emoción que irradiaba y el enfoque de sus rasgos faciales. Se marchó entusiasmado a buscar las herramientas necesarias y volvió al rato un poco agitado y sudoroso, pero seguro y concentrado. El joven permanecía en el mismo lugar, obediente. El maestro se instaló firme detrás de él y estudió el punto clave de inicio entre el cuello y la cabeza. Un susurro de agradecimiento llenó de escalofríos la misma piel que sintiera luego un cañón helado de revólver hundiéndose en los tejidos.

No pudo articular palabra alguna su pobre boca sorprendida. Sus oídos detectaron una última señal de ruido del cerebro antes que este reventara en pedazos contra el cuadro inmóvil, donde los sesos ensangrentados iban cediendo a la gravedad hasta hacer una piscina escarlata entre tonos negros y azules, en un total espectáculo de macabra belleza.

La silla junto al balcón fue su cama esa noche, donde quedó rendido tras horas contemplando maravillado su creación. A la mañana siguiente limpiaría aquel tierno desastre. Su discípulo comprendería su sacrificio por una gran causa.

“La explosión de la conciencia” fue un completo éxito. Fue reconocido como una obra maestra para la posteridad. Luego no se supo más nada del controversial artista. Fuentes bastante cercanas aseguran haberlo escuchado decir por última vez que pintaría otra obra maestra.

EL OJO DERECHO

El ojo derecho me anda molestando desde esta tarde. Se desliza en su órbita como si se creyera planeta, girando y empañándose. Supongo que estará imitando al espejo del gavetero que no se ve claro desde que empezó el milenio. Quiere salir, y molesta. Me resulta demasiado fastidioso ya, así que no puedo más y lo echo a la basura. Está arrastrándose hasta la puerta. El pobre. No sabe que no podrá abrirla porque no tiene cerradura. Yo siempre salgo por la ventana de la cocina y entro por la del baño. El ojo ya se ha dado cuenta y ha conseguido aplastarse para pasar por debajo. Afuera descubrió que ya no es un ojo y no sirve para nada, porque ahora es sólo un bulto de materia asquerosa con apenas algún pedazo humano sobresaliente que lo salva de ser sólo algo raro de dos dimensiones. No ha podido superarlo. Se ha estrellado a voluntad contra una ambulancia. El chofer podía haber evitado esa penosa situación, pero se ha quedado tuerto minutos antes por un paciente majadero y se sabe que nunca es lo mismo cuando hay uno solo en un espacio creado para dos. Yo lloro por el ojo izquierdo, pero prefiero no lamentar y actuar mejor, como leí en algún libro de autoayuda, y me visto rápido para ver al doctor.

Al llegar, apunto mi nombre en la lista y la letra me sale tan mal, que parece hecha por un niño aprendiz, pero no es mi culpa que la zurda se haya puesto a temblar. En la sala de espera la recepcionista me mira. Estoy sentado de espaldas a ella, pero sé que me mira porque lo puedo escuchar, y huelo sus pupilas enmarcadas en mi dirección. Apunto entonces hacia su pequeño espacio y voltea la cara. La gente constantemente me evita, incluso cuando pregunto la hora porque el reloj de la sala no se mueve. Me evitan como si la ausencia de un ojo no fuera lo más normal en estos tiempos. Total, todavía me queda el izquierdo, y bien se sabe que lo que está al lado izquierdo siempre es lo mejor. Me han dicho que allí está el corazón, y no creo que la naturaleza se equivoque. Me llaman tras tantos fallidos intentos, con el nombre que más se les ha parecido a lo que yo escribí. Entro a la consulta. El doctor no tiene ojos. Me quedo sorprendido, y él lo advierte. Sus dos agujeros negros parecen acompañar con un gesto a su sonrisa. Parece que adivinara: